

DE QUERÉTARO A VIENA: LA AVENTURA DE ORGANOIDES DE ISABELLA.

AUTORES: DANIELA GISELLE CANSECO MEDINA, SILVANA AVECILLA TORRES.

ESCUELA DE MEDICINA, DIVISIÓN DE CIENCIAS DE LA SALUD,
UNIVERSIDAD ANÁHUAC QUERÉTARO.

Cuando Isabella Hernández, alumna de 5to semestre de Medicina de nuestra universidad, recibió la confirmación de que pasaría el verano en Austria, trabajando en uno de los institutos de investigación más prestigiosos de Europa, no lo podía creer. “Mis papás me decían: *¿cómo que tu primer trabajo va a ser en el extranjero, te van a pagar en euros y además tendrás tu propio departamento?*”. Era la primera vez que firmaba un contrato laboral y, lejos de casa, se enfrentaba al reto de la independencia y al vértigo de un nuevo comienzo.



El viaje de Isabella no fue casualidad. Desde el segundo semestre de Medicina, buscó involucrarse en investigación, primero en la UNAM, donde aprendió las bases de laboratorio: cultivo celular, PCR, manejo de animales y lectura crítica de artículos científicos. “Llegué muy verde, pero eso me dio confianza para aplicar después al extranjero”, confiesa.

A finales de su tercer semestre comenzó a buscar convocatorias. A golpe de búsquedas en Google —“internships international students”, “Germany”, “Austria”— fue encontrando opciones. Tras enviar aplicaciones a Inglaterra, Houston y Austria, recibió la respuesta que le cambiaría la vida: había sido aceptada en el **Institute of Science and Technology Austria (ISTA), en Viena.**

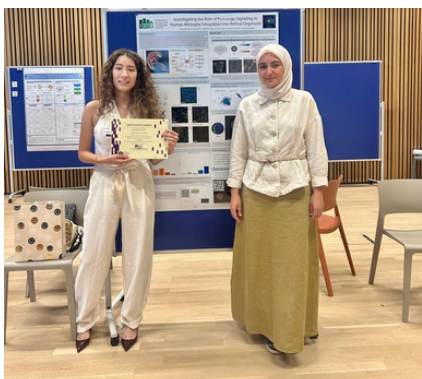
Isabella llegó al grupo de investigación de la doctora Sandra Siegert, especialista en neurociencias.

Ahí trabajó con organoides de retina, un modelo experimental innovador que permite estudiar el papel de las células de la microglía en el desarrollo neurológico. “Cuando vi por primera vez un organoide en el microscopio, literalmente en forma de ojito, pensé: *¡no puede ser real que yo esté viendo esto!*”.

Aunque al inicio se sintió insegura, pronto encontró mentores generosos. Una doctora perteneciente al equipo la tomó bajo su guía y le enseñó desde técnicas de cultivo hasta la lógica detrás de los experimentos. Poco a poco, Isabella pasó de ser la interna más joven del grupo a presentar su propio póster de investigación en la competencia institucional de carteles científicos, donde ganó el tercer lugar entre decenas de estudiantes internacionales. “Competí contra proyectos de astrofísica y química avanzada, y aun así me llevé un reconocimiento en neurociencias. Fue un orgullo enorme representar a México.”

La experiencia no solo fue científica. Viena se convirtió en un aula abierta de independencia, cultura y amistad. Isabella aprendió a abrir una cuenta bancaria, a manejar trámites en alemán, a convivir con colegas de Turquía, Bosnia, Italia, Corea y Canadá, y a forjar amistades que la acompañaron en viajes improvisados por Europa.

Lo que más la sorprendió fue el ambiente relajado de los investigadores. "Aquí pensamos que la investigación es 24/7, súper seria. Allá, después del laboratorio, nos reuníamos en el bar del instituto, cantábamos karaoke y seguíamos hablando de ciencia. Era increíble ver la pasión con que cada quien defendía su proyecto."



También vivió la diferencia cultural: la utilidad del transporte, la seguridad de pasar tardes enteras en un parque con amigos, la apertura de una ciudad que respira arte e historia en cada esquina. "Sentí que por fin estaba viviendo lo que significa la independencia. Sí, cuesta, pero te hace crecer muchísimo."

Para Isabella, lo académico y lo personal se entrelazaron en una misma enseñanza: la ciencia es un camino colectivo, donde las habilidades interpersonales son tan valiosas como las técnicas. "Lo que marcó la diferencia fueron mis cartas de recomendación: no solo hablaban de mi ética de trabajo, sino de cómo me relaciono con las personas. Eso abrió puertas en Austria."

Hoy, de regreso a México, Isabella sabe que su experiencia no fue un punto aislado, sino un trampolín. Aprendió que los médicos pueden y deben atreverse a explorar la investigación, o cualquier otra área, que el trabajo duro y la ética mexicana son reconocidos en cualquier laboratorio, y que salir de la zona de confort abre horizontes que transforman la vida.

Yo llegué sin saber nada y con mucho miedo. Me fui con amigos de todo el mundo, con nuevos conocimientos científicos y con **la certeza de que puedo lograr lo que me proponga**. Eso es lo que más me llevo de Austria."

